

## n o t i c i a s

## Beatriz Leonor Merino Carrión (1952-2002) In memoriam

Ángel García Cook\*

### Leonor:

*Las ideas, los recuerdos se agolpan y se mezclan en mi mente; cascadas de nostalgia me confunden y me abruman; de pronto nada, sólo un vacío mental, un agobio indescriptible, un vivir el presente, recordando el pasado —30 años trabajando juntos—, pero programando lo que sigue. ¿Y qué sigue?... trabajar, continuar en las actividades de investigación; concluir los trabajos iniciados —algunos casi terminados— y enfrentar nuevos problemas, hacer como que se hace arqueología. Es difícil tratar de escribir sobre alguien a quien tanto se ama y ya no está presente. Difícil pero debo hacerlo. Y debo hacerlo para dejar constancia, al menos en cierta medida, de quién eras y de lo que hiciste como arqueóloga.*

*Te conocí mejor que nadie: treinta años juntos, se dice fácil. Más de la mitad de tu vida. Pero, ¿qué anotar?, ¿qué decir si tanto —y tan poco— conozco de ti? Trataré de resumir tu curriculum, comentar un poco sobre tu actividad profesional y narrar quizás algunos pasajes de nuestra vida en unión como esposos, como amigos, como colegas, como grandes compañeros de trabajo, como un solo arqueólogo, fundido y conformado de dos profesionales... diferentes, pero en unidad.*

Leonor fue chilanga, de nacimiento y de corazón. Siempre se enorgulleció de serlo y presumía con satisfacción su origen, a diferencia de la gran mayoría de la población del D.F. El 19 de febrero de 1952 vio la luz y aquí en la capital realizó todos sus estudios: la primaria en la Federal “Fray Bartolomé de las Casas” (1959-1964); la secundaria en la Federal núm. 2 “Ana María Berlanga” (1965-1967); la preparatoria en Insurgentes norte, allá por Lindavista, en la preparatoria 9, “Pedro de Alba” (1968-1970).

En 1971 —por complacer a su familia— ingresó, no de buena gana, a la Facultad de Medicina de la UNAM, aunque su vocación no era precisamente ser médico.

En 1972, aún con un sentimiento de culpa por ir en contra del deseo de sus padres, ingresó a la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Quería estudiar Antropología Social, sin embargo el cruce de una sombra en su camino, durante su primer año de carrera, hacia finales de 1972, cambió su visión e hizo volver sus ojos hacia la arqueología que, a partir de este momento sería su destino y vocación, dedicándole 31 años de su vida. Leonor fue una estudiante dedicada, receptiva, de comprensión rápida y con gran facilidad de captación. Obtuvo la licenciatura en Arqueología el 14 de abril de 1980. Su tesis se tituló: “La cultura Tlaxco: un apor-

\* Dirección de Estudios Arqueológicos, INAH.



● Leonor Merino, 1978.

te sobre los grupos culturales que habitaron el norte de Tlaxcala del siglo X a.n.e. al siglo XVI d.n.e.”

Durante el primer año de estudios en la ENAH, fue invitada a trabajar —por conducto de María Elena Ruiz Aguilar, su mejor amiga en ese momento— en el Proyecto Arqueológico Puebla-Tlaxcala, el que dirigí y fue patrocinado por la Fundación Alemana para la Investigación Científica (FAIC) en México en colaboración con el INAH. Así, desde el 16 de noviembre de 1972, Leonor ingresó —de cierta manera— en mi vida.

Según su propia confesión, no sabía en ese momento ni qué eran los tepalcates y nunca le gustó ni le atrajo la idea de estudiar y analizar material cerámico. Sin embargo, en muchas ocasiones durante su actividad profesional hubo de manejar cerámica y recientemente, aún con toda clase de protestas, se hizo cargo y realizó la tipología básica inicial de la cerámica de Cantona. Entre 1972 y 1975 clasificó y analizó materiales culturales y ayudó a la realización de

catálogos. También llevó a cabo dos cortas temporadas de excavación, una de sondeos en Tlalancaleca y otra en Gualupita Las Dalias o “Tlalancalequita”, ambas en el centro oeste del estado de Puebla.

En 1973, apenas en el segundo año de la carrera, participó en la XIII Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología con una ponencia sobre los soportes característicos de las piezas cerámicas, en la secuencia cultural recientemente establecida para la región de Puebla-Tlaxcala. A partir de 1973 participó en múltiples foros académicos, siempre como invitada y como parte de un equipo, ella no era de las que buscaba dónde hablar sin saber qué decir. Lo mismo estuvo en reuniones nacionales en la Ciudad de México y algunos estados del país, como internacionales: en el Museo de Historia Natural de Alabama y en la Biblioteca de Birmingham en Estados Unidos, o en el XLII Congreso Internacional de Americanistas en París, Francia, o bien el Museo de Leipzig, Alemania.

En 1974 publicó, en colaboración conmigo, su primer artículo titulado “Malacates de Tlaxcala: intento de una secuencia evolutiva” y, en 1975, escribió “Los soportes característicos en la secuencia de Puebla-Tlaxcala”. En toda su carrera Leonor realizó 52 publicaciones, diez de las cuales aún se encuentran en prensa o en proceso de edición y once han sido reeditadas. Una de sus obras, más no la última, aparecerá en el número 28 de *Arqueología*.

Durante 1975 y 1976, continuaron las investigaciones en Tlaxcala, como proyecto del INAH, en la región, que había quedado fuera del área de estudio de la Fundación Alemana: el norte. El Proyecto Arqueológico del Norte de Tlaxcala (PANT), cubrió cerca de 2 000 km<sup>2</sup> —del norte y oeste de Tlaxcala al extremo sur de Hidalgo, se efectuó la prospección y algunas excavaciones. De 1976 a 1978 nos dedicamos a analizar la información recuperada desde 1972, tanto en el estado de Tlaxcala como en el Valle Poblano y oeste de la Cuenca de Oriental.

En 1977 con la colaboración de Leonor se publicó las “Notas sobre caminos y rutas de intercambio al este de la Cuenca de México”, texto surgido inicialmente con el único afán de demostrar que nosotros también trabajamos en la Cuenca de México. Sin embargo, además de dar a conocer lo relacionado con algunos caminos prehispánicos y de presentar una síntesis del desarrollo cultural en el oeste de Tlaxcala, aprovechamos para definir los conceptos sobre las diversas clases de asentamientos —aldeas, villas, pueblos— que veníamos manejando en nuestras investigaciones.

En la segunda mitad de 1977, con motivo de una obra de infraestructura hidráulica en el oriente de San Luis Potosí, norte de Veracruz y sur de Tamaulipas, elaboramos un programa de salvamento arqueológico: el Proyecto Arqueológico Huasteca (PAH), patrocinado por la Secretaría de Agricultura y Recursos Hidráulicos en colaboración con el INAH. Este proyecto fue de gran envergadura, en él participaron 35 investigadores, se cubrieron 9 500 km<sup>2</sup>, se localizaron 525 sitios y se realizaron varios sondeos y excavaciones más amplias en tres asentamientos prehispánicos. Los trabajos de campo de Leonor iniciaron el 17 de mayo de 1978. Aún como pasante, tuvo toda la responsabilidad: la coordinación administrativa, la planeación y dirección de las exploraciones en campo y la organización del análisis, cuantificación y catalogación del material cultural. Todavía se dio tiempo para concluir y presentar su tesis de licenciatura, y de escaparse tres días para contraer matrimonio conmigo.

En 1982 Leonor realizó diversas actividades en el Centro Regional Puebla del INAH y planteó un proyecto de investigación en el Valle de Xaltepec, que sólo quedó en propuesta. Al año siguiente, como uno de los resultados del PAH y con la finalidad de ampliar y detallar la información conocida para las primeras fases de ocupación del área estudiada, propuso el Proyecto Definición del Formativo en la Cuenca Baja del Río Pánuco, para afinar la secuencia en su parte inicial de grupos sedentarios, y me hizo el

honor de nombrarme su ayudante. Entre 1984 y 1989 llevó a cabo cinco temporadas de campo; excavó varios asentamientos con ocupación del Formativo, siendo el más importante el Ejido Amado Flavio Altamirano del municipio de Pánuco, en el norte de Veracruz. La secuencia cultural ya establecida fue incrementada y subdividida con dos fases culturales más para el Formativo: Chajil y Chacas.

Durante este último periodo, en forma paralela, Leonor codirigió, con quien suscribe el Proyecto Arqueológico del Suroeste de Puebla, donde se realizó la prospección arqueológica, en cinco temporadas, en la región de Acatlán de Osorio: desde Teotlalco hasta Chila de las Flores, en sus límites con los estados de Morelos, de Guerrero y de Oaxaca.

La última temporada de campo se suspendió por motivos de seguridad y, hasta la fecha, no ha sido posible continuar con esta investigación.

Desde 1984 Leonor se desempeñó como docente en la licenciatura en Arqueología de la ENAH; y hasta 1998 impartió la asignatura de Métodos y Técnicas III (excavación); en dos ocasiones el Taller de Análisis de Materiales IV, Historia de México II, en tres cursos, e Historia de México III en dos semestres. También ofreció cursos en diplomados en la ENAH, en el Museo Amparo de Puebla y en la Universidad de Champagnac de S.L.P., así como cursos de introducción general a la Arqueología en México a los custodios de la zona arqueológica de Cantona en el año 2000. Asimismo asesoró y dirigió algunas tesis de la ENAH y en general orientó y ayudó a múltiples estudiantes y pasantes para la elaboración de diversos trabajos de investigación antropológica.

En 1986 ingresó a la maestría en Geografía en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, y un año después concluyó sus estudios, sin dejar de asistir y cumplir con sus labores en el INAH. Su tesis sobre la Cuenca de Oriental, aunque muy avanzada, quedó inconclusa. Leo-

nor se había vuelto perfeccionista, además de que sus labores de investigación de la Huasteca, Tlaxcala y Valle poblano, y recientemente de Cantona, absorbían todo su tiempo y hacían difícil dedicarle parte del mismo a la conclusión de ese proyecto. Ella decidió dejar para mejor ocasión la realización de sus estudios de posgrado al igual que yo, nunca.

Algunos otros textos que realizó como autora o coautora, son: “Condiciones existentes en la región Poblano-Tlaxcalteca al surgimiento de Cholula”, publicado por la UDLA en 1987; “Notas sobre la Cerámica Prehispánica en Tlaxcala”, en el libro Homenaje a Eduardo Noguera de la UNAM (1988). En 1989, para el Homenaje a Román Piña Chán, del INAH, escribimos el artículo “La Cultura Tlaxco o Señorío Tliluhquitepec en el Norte de Tlaxcala”; “El Formativo en la Cuenca Baja del Río Pánuco” fue publicado también en 1989, en la obra *El Preclásico o Formativo: avances y perspectivas del MNA*, así como el libro *La Cultura Tlaxco* edición de su tesis de Licenciatura en la colección Científica del INAH.

No puedo dejar de mencionar la redacción de tres textos más, escritos con fines de divulgación, y que ofrecen una síntesis de lo más trascendental de la región estudiada: *Historia prehispánica del Valle de Tehuacán* e *Historia prehispánica del Valle Poblano*, ambos publicados en 1989 por la Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado de Puebla. El tercer folleto, titulado “Cholula: historia prehispánica”, quedó inédito.

En coautoría conmigo, Leonor escribió textos donde presentó las diversas investigaciones de las regiones que estudiamos, tal es el caso de “El Proyecto Puebla-Tlaxcala”, en *La Antropología en México*, volumen 5, en 1988, o bien “Investigaciones Arqueológicas en la Cuenca baja del Río Pánuco” o “El Proyecto Arqueológico Cantona”. En ellos se describe el origen, finalidad y logros de los proyectos, así como las adaptaciones y transformaciones que tuvieron estos programas de investigación. Ambos textos fue-

ron escritos para los homenajes a José Luis Lorenzo, y publicados por el INAH en 1989 y 2000, respectivamente.

En 1990 redactamos nuestra máxima obra, resultado de 25 años de trabajos arqueológicos y que incluyen las investigaciones de arqueólogos y resumen la historia prehispánica de Tlaxcala desde 10 000 años a.n.e. hasta la llegada de los españoles en 1519; me refiero a *Tlaxcala, una historia compartida*, que es el tercer volumen de una colección de 16 editada en 1991 por el Gobierno del Estado de Tlaxcala y el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes. En los dos primeros volúmenes, *Tlaxcala textos de su historia*, se integraron, a manera de antología, el conjunto de textos comentados y ordenados también con base en la secuencia cultural planteada.

El el mismo año de 1990, el CIESAS publicó el trabajo “El cultivo intensivo: condiciones sociales y ambientales que lo originan”.

Si los resultados del PAH llevaron a Leonor a proponer el programa de trabajos para la Definición del Formativo (PDFCBP), la información otorgada por éste último la hizo interesarse en la realización de un nuevo plan de actividades. De esta manera, al inicio de 1992, y con base en las investigaciones anteriores en el noroeste de México, realizó un reconocimiento arqueológico inicial en los cañones de El Infiernillo y El Diablo, Tamaulipas, para investigar la transición de grupos nómadas —con economía de apropiación— a grupos sedentarios con una dependencia en la producción; asimismo para rastrear una tradición cerámica de pasta fina —los tipos Jabalines y Progreso metálico, con figurillas planas— que bien podría estar asociada en este proceso. De acuerdo con las evidencias conocidas, la transición se dio en lugares ubicados un poco más al norte de la región estudiada hasta ese momento por nosotros. Al regresar a la Ciudad de México, presentó al Consejo de Arqueología, el Proyecto Arqueológico Cañón de El Infiernillo-Cañón de El Diablo que fue aprobado.

Sin embargo el “destino” y los compromisos institucionales impidieron llevar a cabo este interesante y prometedor proyecto. En la segunda mitad de 1992 elaboré, en coautoría con Leonor, un programa de investigaciones para el norte de la Cuenca Oriental, es decir, el Proyecto Arqueológico Cantona cuya dirección estaría a mi cargo. De esta manera continuaríamos trabajando juntos, ella en el noroeste de México, llevándome de ayudante, y yo en el Altiplano Central con ella como mi codirectora. Puesto que dicho programa de investigaciones tenía visos de adquirir gran presencia y contar con fuerte apoyo económico y administrativo, le hice la petición —más bien súplica a Leonor— para que pospusiera su proyecto y me apoyara de tiempo completo —años completos— como codirectora. A regañadientes aceptó y, como siempre, después se entregó de lleno a sus actividades en Cantona. Las labores de campo del Proyecto Arqueológico Cantona empezaron el 15 de febrero de 1993, actualmente continúa en activo y la información obtenida durante las cinco temporadas de campo se sigue procesando.

Leonor, además de ayudarme a la delimitación precisa de esta gran ciudad y de dirigir la exploración, restauración y habilitación de algunos conjuntos arquitectónicos, me asesoró, me orientó y ayudó en la toma de decisiones y en el enfoque de las propuestas durante el desarrollo de este proyecto arqueológico. Por si eso fuera poco, a partir de 1995 hasta el 2000 analizó y clasificó todo el material cerámico proveniente de las excavaciones realizadas en Cantona —casi 500 000 tiestos, más las piezas enteras—, además de participar en el análisis e interpretación del resto de la documentación procedente de los trabajos de investigación en esta gran ciudad prehispánica.

También gracias a ella pudieron ser publicados 125 textos que integran 7 volúmenes de una antología sobre Tlaxcala: dos acerca de Cacaxtla; uno sobre Tizatlán y cuatro trabajos arqueológicos en el resto del estado. Este material fue publicado entre 1995 y 1997 por el INAH y el Gobierno del Estado de Tlaxcala.

El Proyecto Arqueológico Cantona originalmente contemplaba el estudio del norte de la Cuenca de Oriental, sin embargo dado que las investigaciones en Cantona impedían efectuar esta parte del programa, Leonor propuso en 1997 el Proyecto Norte de la Cuenca Oriental. En éste llevó a cabo tres temporadas de campo: en 1997, 2000 y 2001, realizó la prospección arqueológica de parte del oriente, del oeste y centro noroeste de esta Cuenca, incluyendo buena parte de los yacimientos de obsidiana Oyameles-Zaragoza.

En esta época publicamos el artículo “Enterramientos del Formativo en el Noreste de México”, 1997, en *Homenaje a César Augusto Sáenz*, personaje a quien Leonor apreciaba mucho, y los “Enterramientos de Perros en el Formativo del Noreste de México”, en *Homenaje al doctor Ignacio Bernal*. Este libro tuvo problemas de edición, ya que además de haber sido mutilado en buen número de cuartillas, apareció firmado por Arturo Oliveros, Ángel García Cook y Leonor Merino, siendo que el primero —a quien mucho apreciamos— nada tuvo que ver en la elaboración del texto, amén de que la autora principal fue Leonor y no yo. Es probable que algunos volúmenes hayan circulado con este grave error, mismo que posteriormente fue corregido: el texto se adaptó —reducido—, y el nombre de Leonor apareció en primer lugar.

Leonor fue quien más conoció y colaboró conmigo en los trabajos de investigación en el estado de Tlaxcala y Valle Poblano; siempre deseó llevar a cabo una investigación para definir con mayor precisión y consistencia a los diversos señoríos que integraron esta “Provincia o República” de Tlaxcala. Así, en 1998 publicó “Los señoríos prehispánicos de la Provincia de Tlaxcala según la Arqueología”, a partir de una ponencia presentada en un coloquio sobre la historia de Tlaxcala organizado por el gobierno de Tlaxcala en 1995. Leonor dejó casi terminado otro texto actualizado, para esa última parte del periodo prehispánico. Éste pronto será entregado para su publicación.

En general, Leonor fue una mujer muy sana, aunque en la Huasteca adquirió el dengue y la fiebre de malta, debido a las condiciones del trabajo que ahí prevalecían. Posteriormente, cada seis o siete años —1985, 1992 y 1998?—, le volvía la temperatura alta acompañada de escalofríos característicos de este mal. Por esta razón a principios de 1998, al regresar las fiebres y el malestar corporal, pensamos que se trataba de otra recaída e inició un tratamiento homeopático. Pero las fiebres no cedían y habían aparecido otros síntomas y malestares, entonces decidió ir con un médico internista quien, desde la primera visita, en el mes de julio, detectó que se trataba de un gran tumor e indicó la realización de estudios especializados. Fue imposible esperar a la cita para tales estudios: el 8 de agosto los dolores agudos obligaron a que Leonor fuese a internarse en urgencias de un hospital al sur de la ciudad, donde se le diagnosticó un tumor canceroso sobre el hígado y manchas menores en los pulmones. Así inició un tratamiento muy fuerte por medio del cual se logró reducir el tamaño del tumor y en mayo de 1999 su extirpación junto con casi dos tercios del hígado y la vesícula.

Leonor se levantó y pudo asistir a la temporada de campo del Proyecto Arqueológico Cantona, realizado en agosto-octubre de 1999. Hacia fines de este año también se comprometió a fungir como coordinadora de una obra sobre la cerámica del México antiguo, por lo que elaboró la propuesta denominada: “La Producción Alfarera en el México Antiguo”, conmigo como coordinador. En los dos años siguientes se lograron reunir 67 textos diferentes, que tratan sobre cerámica de la época prehispánica, del contacto y actual y se armaron los primeros dos volúmenes, que están en proceso de revisión en la Comisión Central de Publicaciones del INAH y que esperamos sean muy pronto publicados.

Al mismo tiempo, en noviembre del año 2000, presentó en Reynosa una conferencia titulada “Comportamiento cultural del Noreste de México durante el Formativo”, con motivo de un

homenaje al doctor Richard Stockton Mac Neish, y posteriormente participamos en el V Coloquio Pedro Bosch Gimpera en la UNAM, en junio de 2001, con el trabajo “Cronología del Formativo en la Cuenca Baja del Río Pánuco”.

Aún cuando Leonor siempre dijo que jamás cubriría jefatura alguna, se le convenció para dirigir la Dirección de Estudios Arqueológicos (DEA) del INAH, pero antes de aceptar en forma definitiva, elaboró un programa básico de trabajo que discutió con el director general del INAH y con el titular de la Coordinación Nacional de Arqueología. De esta manera y una vez revisada la información existente para cada uno de los integrantes de esta área académica-administrativa, tomó posesión el 16 de mayo de 2001. Antes de tomar posesión, Leonor hizo un examen de conciencia y se convenció que debería ser imparcial con todos los colegas; se liberó de fobias y filias y se propuso tratar a todos por igual.

Estuvo en el cargo poco más de trece meses y aunque nunca renunció, a partir de 2 de julio del 2002 ya no pudo decidir más sobre los problemas y asuntos de la Dirección. Desde el primer momento en su nuevo puesto, se dedicó de tiempo completo a la Dirección, aunque se daba espacio para discutir conmigo y continuar escribiendo textos relacionados con nuestras investigaciones. Como parte de su programa de trabajo, reunió a una serie de especialistas en restauración y exploración de monumentos arqueológicos inmuebles e integró la Comisión de Conservación de la Coordinación Nacional de Arqueología del INAH, cuya labor inicial sería la de elaborar las normas y reglamentos básicos en cuanto a los trabajos de conservación y restauración que se realizan en las estructuras arquitectónicas prehispánicas, procurando su aplicación obligatoria en el ámbito federal y la vigilancia de su aplicación. Si una de las funciones básicas de la DEA es el estudio y conservación del patrimonio arqueológico nacional, entonces habría que empezar por definir y reglamentar todo lo relacionado con esta actividad: fijar las normas y estrategias a seguir, es-

tablecer prioridades tanto por el interés del conocimiento mismo como por los compromisos institucionales, y poder otorgar el apoyo y asesoría a los arqueólogos —nacionales o extranjeros— que lleven a cabo este tipo de trabajos a través de la Comisión o de cualquier otro organismo colegiado que se decidiese conformar. Se realizaron las primeras reuniones logrando avances significativos en el programa de discusión, pero la falta de presupuesto impidió continuar este año, hasta que sobrevino su deceso. Ojalá en el futuro se llegue a la meta deseada.

Otra acción iniciada y también inconclusa fue la creación de una Ceramoteca nacional de arqueología y de una base de datos de consulta. Para tal efecto se adaptó un local rentado por la Coordinación Nacional de Arqueología y se inició la planeación y organización. El siguiente paso programado era trasladar la actual ceramoteca al nuevo local y hacer peticiones de muestrarios a todos los colegas, nacionales y extranjeros.

De igual forma dio apoyo al Proyecto binacional de investigación Urbanismo en Mesoamérica, dirigido por Guadalupe Mastache del INAH y William Sanders, de la Universidad de Pennsylvania. Con la idea de apoyar el mejoramiento profesional y la actualización, se planearon dos series de conferencias sobre temas específicos con especialistas en la materia, una sobre arqueoastronomía y otra sobre teoría arqueológica.

En fin, muchas y muy buenas ideas e intenciones tenía contempladas Leonor para llevar a cabo. Uno de sus sueños —del cual nunca despertó— fue motivar a los compañeros de la DEA en su quehacer diario. Le desesperaba ver gente que necesitaba apoyo y no se dejaba ayudar, y se sentía frustrada por los que no tenían interés por su trabajo. Labor de titanes, a la que tampoco ella pudo dar solución. Así como buscó la cercanía de los investigadores, Leonor también contó con el apoyo de las autoridades superiores y demás instancias administrativas del INAH. De la Dirección General, Secretaría



● Beatriz Leonor Merino Carrión en la Catedral de San Pedro, Roma (1990).

Técnica, lo mismo que de las Coordinaciones de Asuntos Jurídicos, Antropología, Recursos Materiales y Servicios, entre otras, siempre obtuvo rápida respuesta.

Con su jefe inmediato, Alejandro Martínez, de la Coordinación Nacional de Arqueología, llevó buena relación y al parecer trabajaron a gusto, lo mismo sucedió con los demás directores de las áreas que conforman esta Coordinación: Dirección de Planeación, Evaluación y Seguimiento de Proyectos, Dirección de Registro Público de Monumentos y Zonas Arqueológicas, Dirección de Salvamento Arqueológico. Con todos ellos se integró, aunque se quejaba de misoginia de algunos de ellos.

Con el fin de fomentar la realización de programas de investigación multidisciplinaria, así como utilizar la infraestructura y el equipo material con el que contaba la DEA, Leonor se propuso echar a andar un proyecto de investi-

gación con estas características. Aprovechando, o mejor dicho tratando de resolver la problemática que día a día se hacía más compleja y amenazaba con desaparecer los pocos restos que quedan de la zona arqueológica del Cerro de la Estrella, se propuso y fomentó la organización de un proyecto integral o pluridisciplinario en dicha zona. En éste actualmente colaboran tanto investigadores de la SICPA como de los Laboratorios del INAH; además, conoció perfectamente la importancia de la presencia y colaboración de antropólogos en las investigaciones arqueológicas, por lo que fomentó y logró que un grupo de investigadores de la Dirección de Etnología y Antropología Social se integrara al proyecto del Cerro de la Estrella. Leonor se desesperaba al observar la pasividad con que se llevaban a cabo las diversas acciones para conformar este proyecto, quizá sabía del tiempo que le quedaba y deseaba dejar andando este programa de investigaciones. Afortunadamente, aunque no del todo, vio realizados sus deseos: vio terminada la organización, los planteamientos y el proyecto mismo. Sólo falta echarlo andar.

Inició el equipamiento de su dependencia y en menos de un año consiguió 23 computadoras, una red de intercomunicación y cuatro vehículos nuevos. En fin, alcanzó lo que más pudo, más no lo que hubiese deseado. Junto con la Dirección de Planeación y en apoyo a la Coordinación de Arqueología propuso y logró llevar a cabo una serie de folletos de divulgación con textos y material gráfico de las principales capitales arqueológicas del México antiguo. El primer número de esta serie, intitulado *Diálogos con el pasado*, será entregado al público en este año. Leonor deseaba estar presente en Monte Albán, Oaxaca, durante la presentación de este número.

Debido a su dedicación al trabajo y quizás por temor a una recaída, no cumplió al pie de la letra con las citas médicas ni con la realización de los análisis para observar la evolución de su padecimiento. De esta manera la cita programada para fines del año 2000 o inicios del 2001

la pospuso hasta junio de este último año. Las razones que adujo fueron la toma de posesión como directora de la DEA, así como la preparación del programa de trabajo que realizó para el efecto. En junio —ya lo presentía y quizá sentía— se le volvió a diagnosticar la presencia de otro tumor y, de ahí en adelante, no hubo manera de frenar su crecimiento; además, la obstrucción de las vías biliares le provocaba fuerte ictericia e impedía la aplicación del tratamiento en los tiempos determinados y convenientes. Llegó a tal grado la complicación y gravedad de la infección resultante de la insuficiencia hepática, que hubo que internarla nuevamente el 19 de junio de 2002. Dos días después salió del hospital con la idea de presentarse a la oficina el lunes 24. Pero la operación no había tenido éxito y al día siguiente, martes 25, hubo que internarla nuevamente para tratar de controlar la situación.

Salió del hospital el viernes 5 de julio, y el miércoles 10 del mismo mes por la mañana se produjo el deceso. Ahora, al fin descansa.

Aunque de apariencia triste y tranquila, Leonor no era así; más bien fue de carácter fuerte o agresivo, dinámica e incansable, con mucha dedicación en lo que emprendía. Como ser humano fue una gran mujer. Quien la llegó a tratar pudo darse cuenta de su gran corazón y el apoyo desinteresado que ofrecía. Siempre estaba dispuesta a ayudar a quienes conoció y trató, además de compartir lo poco que tenía: lo mismo a sus padres, que a sus hermanos o sobrinos y cuñadas, como a las muchachas que prestan —o prestaron— sus servicios en casa. Hasta con mis hijos y nieta siempre se desvivió por ayudarlos y orientarlos de alguna manera, y de reprenderlos cuando así lo ameritaba. A colegas y a estudiantes y pasantes de antropología que se acercaron a ella siempre les otorgó su apoyo y la orientación requerida.

Incansable, ni la enfermedad que afectó su salud en los últimos años pudo impedir que dejase de trabajar. Aun en el hospital siguió firmando documentos, tomando decisiones, revisando

sando y corrigiendo textos o preparando oficios, sólo en la última semana de vida dejó de hacerlo. Fue ya imposible continuar con el mismo ritmo: tanto el tratamiento médico como su debilidad física minaron sus energías y los últimos seis días ya no estuvo activa como hubiese deseado.

Desde 1977, momento en el que habíamos decidido relacionarnos y unir nuestras vidas, la confianza y buena empatía que teníamos se incrementó y se tornó en amor, un amor que surgió lentamente, que se fue transformando y creciendo hasta darnos cuenta que éramos el uno para el otro. Integramos una pareja muy bien avenida, donde el conocimiento recíproco llegó a tal grado que nos entendíamos con una sola mirada. Discutíamos, desde luego, de vez en cuando y en su mayoría por problemas relacionados con los trabajos arqueológicos que realizábamos. Llegó a tal grado nuestra comunión que aún la siento conmigo, aún creo oír sus consejos y sus recriminaciones por mis planteamientos o conclusiones sin otorgar las bases por las que llego a ellas. Estoy seguro que me seguirá ayudando tanto en mis trabajos como acompañándome a todas partes. A Leonor y a mí nos unió algo más que el amor: la arqueología.

La relación como marido y mujer fue intensa y además nuestras investigaciones arqueológicas nos unieron más, a pesar de las discusiones de las cuales siempre llegamos a acuerdos y soluciones satisfactorias. Los trabajos de campo en compañía siempre los disfrutamos y nos preocupábamos siempre por demostrarle al otro el buen control y registro de los materiales culturales que íbamos obteniendo, presumiéndole, primero al compañero, de nuestros hallazgos, y apostábamos de lo que podíamos encontrar o del comportamiento estratigráfico. En fin, son muchas las cosas que nos unieron sólidamente.

En las pláticas y ponencias en las que ambos participábamos como autores ya sabíamos: uno hablaba y el otro apoyaba con las transparencias y sólo intervenía en caso de bloqueo mental o distracción para ampliar la información o bien para dar respuesta a preguntas sobre temas que se manejaban mejor. Y nuestros viajes, ¡cómo los disfrutamos!, aunque no saliésemos a bailar o a emborracharnos, sin duda los gozábamos intensamente.

Pasamos tanto tiempo juntos —día y noche— que sólo con un amor intenso se puede lograr tal proeza. En algunas ocasiones solía decirme: “oye amor, debemos estar locos o algo está muy raro, tenemos más de 20 años —15 o 18 según el momento— de casados ... ¡Qué aguante!, ¿no?”, y desde luego que viviríamos juntos otros muchos años. Treinta años de conocerla y trabajar juntos, y 24 de ellos estuvimos casados. Se dice fácil pero es toda una hazaña y ahora es difícil acostumbrarse a estar separados físicamente.

A Leonor la he llorado poco, pensé que la lloraría a cántaros, pero no he podido hacerlo, ¿será porque la lloré tanto —a escondidas— durante los últimos años de su vida al ver cómo se deterioraba físicamente y al pensar qué sería de mí sin ella? Pero el caso es que ahora que no está más —físicamente— conmigo, con trabajo salen las lágrimas, sólo de vez en cuando y sin motivo alguno ruedan algunas y me producen dolor más que descanso.

Su memoria está presente siempre y en toda acción que realizo; en algunas ocasiones sus recuerdos me hacen llorar, mas no como quisiera. ¿Será que la lloraré el resto de mi vida? Leonor, Leonor, Leonor, descansa en paz y ayúdame... No quedo solo, estás conmigo, te llevo en la mente y te mantengo en mi corazón. Luego te alcanzo.

